MERCEDES

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

D. JOSE ANTONIO CISNEROS,

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ

EN EL TEATRO DE SAN CARLOS, EL 24 DE MAYO DE 1860, BAJO LA DIRECCION DEL SOBRESALIENTE ACTOR D. MANUEL ARGENTE.

MÉRIDA

—

IMPRENTA DE RAFAEL PEDRERA

—

1860

Este drama es propiedad del autor.

DOS PALABRAS.

En uno de los entreactos de la representacion de Lazaro ó el pastor de Florencia platicábamos los distinguidos artistas D. Manuel Argente, D. Vicente Segarra, D. Baltasar Torrecillas y yo sobre la necesidad ó conveniencia de los *monólogos* y *apartes* en la escena. Cometí, quizá, la ligereza de decir que miéntras los hubiese, el teatro seria para mí *inverosímil:* movióse cuestion, y el resultado fué que en el calor de la disputa me comprometí á escribir en poco tiempo un drama con tales condiciones. A las veinticuatro horas puse en manos de aquellos acreditados actores este pequeño drama que, si bien contiene varios defectos, carece de monólogos y apartes. Mis amigos Argente, Segarra y Torrecillas se dignaron acogerlo con entusiasmo y darle vida en la escena, en union de sus dignos compañeros.

Jose Antonio Cisneros.

Mérida, mayo 28 de 1860.

A MI ESPOSA

Doña Juana Cámara de Eisneros.

A tí, que en medio de mi azarosa vida has acertado á mantener en mi pobre corazon los sentimientos suavísimos de la caridad, consagro este pequeño drama escrito en pocas horas bajo tus nobles inspiraciones. Acéptalo, siquiera porque lleva el nombre de nuestra adorada hija *Mercedes*.

El Autor.

Personas.	Actores.
Mercedes	D.ª Dolores Leon.
La Marquesa del Encanto	D.ª Rafaela Navajas.
Magdalena	D.ª Cármen Catalan.
Maria	D.ª Cristina Tintorè.
D. Juan de Pimentel	D. Manuel Argente.
D. Luis, marques de la Piedra	D. Vicente Segarra.
D. Felix	D. Luis Ortega.
Armando	D. José Maria Arcay.
D. Jerónimo (corto de vista, ceremonioso y habla despacio)	D. B. Torrecillas.
Caballero I	D. A. Armenteros.
Caballero II	D. Antonio Vega.
Un criado	D. Fernando Cabrera.

Damas y caballeros.

La escena en Mèjico, año de 1646.

ACTO PRIMERO.

Gabinete lujosamente amueblado.

ESCENA I.

MERCEDES, LA MARQUESA, D. JUAN Y D. LUIS, SENTADOS.

MARQ. Pues bien, querida Mercedes; cuento con que esta noche no dejareis sin lucimiento mis salones.

MERCED. Estimo, prima, tu extremada distincion; pero aun no puedo asegurarte....

MARQ. Cómo! ¿te atreverás á desairarme? Amigo D. Juan, unid vuestros ruegos á mis súplicas.

D. JUAN. Iremos, adorable Julia: os empeño mi palabra. Ademas, tengo interes en substraer á Mercedes de su contínua melancolía.... Mirad, su traje os está diciendo que acaba de regresar del templo.

D. LUIS. El templo! No respira ni se encuentra bien vuestra cristiana esposa, sino bajo sus majestuosas bóvedas.

MARQ. Envidio tu fervor religioso; mas acuerda alguna tregua siquiera á tus oraciones, prima mia. Para todo hay lugar en esta vida.

D. LUIS. Teneis razon, marquesa, para todo, absolutamente para.... todo.

ESCENA II.

Dichos y D. JERONIMO.

D. JERON. ¿Qué hay de nuevo? Salud, D. Juan. Hola! mi sobrinita Julia. Mercedes hermosa.... (*D. Juan lo invita á sentarse y lo hace.*) ah!—D. Luis. Con que.... qué hay de nuevo?

MARQ. Aquí poniendo una pica en Flándes.

D. JERON. Cómo?

D. Luis. Venciendo los escrúpulos religiosos de la bella Mercedes que le impiden asistir al baile de la marquesa.

D. Jeron. Mal hecho: cada cosa en adviento y los nabos á su tiempo. A propósito de diversiones: anoche asistí á una comedia en casa de *Monsiur Chantreau*.... os reis? eso no se opone á mi vida devota. Qué comedia, mi sobrina! deliciosa! en habiendo monólogos estoy en mis aguas: me agradan tanto los monólogos! Qué cosa mas natural que un personaje quede solo en la escena y empiece á pensar en voz alta, enterando al público de sus proyectos é intrigas! Es verdad que se expone á que su antagonista oiga sus ideas y pensamientos, como regularmente sucede, y le robe la vuelta y le juegue una mala pasada; pero eso es tan bello, tan verosimil..... Pues, y los *apartes?* Dos estan platicando *tete á tete*, y el un interlocutor, regularmente intrigante, vuelve la cara al público ó hácia un lado y.... puf! echa su pensamiento, como si echase un.... un.... una erutacion: (*Movimiento de desagrado.*) permítaseme esta frase aconsejada por D. Quijote. Oh! eso es maravilloso, estupendo....!

Marq. Cansado habeis estado, querido tio.

D. Jerón. Es verdad; y para descansar, ¿no habrá, D. Juan, una copita de Jerez? (*D. Juan llama con la campanilla y aparece un criado.*)

D. Juan. Una copa de Jerez. (*Vase el criado.*)

D. Jeron Y la comedia acabó con un solemne casamiento.

D. Luis. Y vos, D. Jerónimo, ¿no habeis pensado en casaros?

D. Jeron Yo! ¿apechugar con el peor de los tres enemigos del alma? Si fuese con los dos primeros pase. (*El criado con la copa de Jerez.*) Magnánimo! y con su correspondiente bollo. A buen grito, buen bocado. (*Saborea el vino y el bollo.*)

Marq. Para decidirte, prima mia, voy á revelar mi secreto: queria guardaros el misterio; pero la resistencia que opones me obliga á rasgarlo. ¿Sabeis con cuál objeto doy ese baile?—Pues sabedlo, amigos mios: con el único, muy grato para mí, de solemnizar el gran acto de beneficencia que acaba de practicar el muy noble Presidente de la Real Audiencia D. Juan de Pimentel.

D. Juan Bella marquesa, esa bagatela no merece los honores...

Marq. Bagatela, lo llamais? Escuchasteis, D. Luis? Bagatela! y consagrais medio millon de pesos á la fundacion de casas de caridad para las mujeres desvalidas?

D. Juan. Soy rico y no me cuesta ningun sacrificio.

D. Luis Es una accion eminentemente benéfica que ha cau-

sado gran sensacion en toda la Nueva-España. Brillante gloria habeis acertado á conquistar, amigo D. Juan. Os felicito por ella, amable Mercedes, pues no dudo que ha sido inspiracion vuestra.

D. JUAN. No lo creais, amigo mio: mi bella esposa se ha opuesto tenazmente.

D. LUIS. Será posible?

MERCED. Como lo estais oyendo: no tengo participacion alguna en esa accion tan noble cuanto generosa.

MARQ. La moderacion, la humildad de mi buena prima la obligan á renunciar de la porcion de gloria que la corresponde en ese beneficio.

D. JUAN. Pues creedlo, marquesa. „Cuánto mejor seria,—me objetaba siempre,—cuánto mejor seria que esa cantidad la destinásemos á socorrer en silencio á tantas infelices que gimen en la miseria. Para hacerlas bien en las casas públicas de caridad, será preciso arrancarlas de sus hogares; arrebatarlas del lugar de sus recuerdos, de los sitios quizá en que vieron deslizarse sus dias de ventura ó arrastrarse sus años de dolor: en que rieron al nacimiento de un hijo ó en que lloraron al cerrar por última vez los helados párpados de sus ancianos padres. A nadie se puede hacer feliz por la fuerza, á nadie, D. Juan....''—Os confieso que tales observaciones me hicieron vacilar al principio; mas la sola razon de que la caridad privada no alcanza, como la pública, á proteger á todas las menesterosas, me decidió á realizar mi proyecto.

D. LUIS. Hay otra razon, D. Juan; el de vuestra esposa hubiera pasado en silencio, desapercibido, miéntras que el vuestro es un estrepitoso acontecimiento que todos aplauden, que os conquista el bello nombre de bienhechor y cuya publicidad arrastrará á otros á seguir vuestro ejemplo.—Sin ir mas léjos: el Virey piensa daros un espléndido banquete, y sé, ademas, aquí en reserva os lo confio, que pedirá á S. M. para vos el hábito de Santiago.

Ya veis, Mercedes, que vuestro plan no hubiera aumentado una cruz mas en el pecho de D. Juan.

MERCED. Comprendo vuestras palabras.

D. JERON. (*Que ha acabado de tomar su Jerez y de hojear un cuaderno.*) Qué hay de nuevo? La Inglaterra y la Francia quieren sorprendernos? Qué disparate! El oro de nuestro Anáhuac basta para subyugar este mundo y el otro. Y sobre todo, los escoceses acaban de entregar al parlamento el rey de Inglaterra, Cárlos I.—Voy á dar los buenos dias á S. E. el virey y á visitar á mi amigo el conde de *Soria*. Adios.

MARQ. Tio!
JULIAN. (*Vuelve.*) Qué hay de nuevo?
MARQ. No se os olvide mi encargo.
JULIAN. No se me olvidará. Otro adios. (*Váse.*)

ESCENA III.

Dichos.

MARQ. (*Levantandose.*) Con que, adorada prima, os espero esta noche en mis salones.
D. JUAN No faltaremos. Permitidme, marquesa, el honor de acompañaros hasta vuestra casa.
MARQ. Seria un escándalo! De noche consiento en que me acompañeis en mi carruaje; pero de dia....? D. Juan, las gentes son murmuradoras. Y, aunque es verdad que los fueros de la viudez y el parentesco nos escudan de sus emponzoñados dardos, con todo, querido primo, no quiero dar ocasion á que *alguna* deje de amarme.
D. JUAN. Como gustéis; mas no podeis privarme de conduciros hasta vuestro carruaje.
MARQ. Mercedes, adios; olvida un poco el templo: hasta la noche.
MERCED. Adios, Julia.
D. JUAN (A *la marquesa al salir.*) ¿Continuais rigurosa conmigo?
MARQ. (*Idem.*) Os doy un baile y os quejais?
D. JUAN Oh! gracias.
MARQ. El templo daña á vuestra esposa y quizá á vos, primo mio. (*Vánse.*)

ESCENA IV.

Dichos.

D. LUIS. Insistis en vuestra crueldad?
MERCED. Caballero, si hasta hoy he faltado al deber de revelar a mi esposo vuestra perfidia, os ofrezco que en adelante mi silencio no continuará autorizándola.
D. LUIS Me amenazais? Oh! bien veo, Mercedes, que no teneis corazon. Ni porque D. Juan rinde su respetuoso homenaje á la viudita....
MERCED. Callad! no infameis á quien llamais vuestro amigo
D. LUIS. Bien, Mercedes; quiza algun dia os pesarán tantos desdenes. — Ya se ve! el templo absorve absolutamente vuestra atencion.... la fé cristiana....

MERCED. ¿Qué quereis decirme con esa ironía?

D. LUIS. ¿No vais todos los dias al templo? Pues si yo os sigo á cuantas partes dirigís los pasos, ¿qué extrañais que yo os persiga hasta.... el templo? Hay muchos templos, Señora.

MERCED. Silencio.

ESCENA V.

Dichos, D. JUAN y D. FÉLIX.

D. FELIX. Nada: no hay que atenuar el mérito de las acciones generosas: tu conducta me tiene muy complacido; estoy contento, gozoso.

D. JUAN. No hago mas que seguir los impulsos de mi corazon.

D. FELIX. Eso te honra.... Se entiende, siempre que sea sin ninguna mira bastarda.

D. JUAN. Y ¿podéis sospechar....?

D. FELIX. No, nada sospecho que pueda ofenderte.—Mercedes, hija mia.

MERCED. Padre y Señor.

D. FELIX. D. Luis? (*Saludando.*)

D. LUIS. Señor D. Félix.

D. FELIX. Vengo loco de placer: te traigo, hija mia, el libro publicado en loor de tu marido.

D. LUIS. No se habla de otra cosa.

D. FELIX. Oh! Y es una cosa muy grande! Lee, lee: aquí donde dice: „Noble acto de beneficencia: gloria al bienhechor de la humanidad, D. Juan de Pimentel." (*Mercedes lée para sí, y D. Félix manifiesta su gozo.*)

D. LUIS. (*A D. Juan, familiarmente apartándolo á un lado*) En qué medtas? En tu noble accion, ó en sus consecuencias?

D. JUAN. En ámbas cosas.

D. LUIX. La primera, nos es harto conocida: calculemos las segundas.... Se hace mucho ruido, se llama la atencion de la corte, se enternece el corazon de S. M., porque los reyes suelen tener corazon, se excita su real curiosidad por conocer á un hombre que gasta medio millon en hacer caridades, se emprende un viaje á Madrid, se juegan algunas intrigas con un poco mas de dinero, se hace imprimir un infolio encomiástico, se pilla una cartera de ministro y.... del cuero salen.... ¿He acertado?

D. JUAN. Tal vez.

D. LUIS. ¡Juan! Nunca han existido secretos entre los dos: algo mas que tu proyecto y sus consecuencias te preocupa ahora.—Has comprendido lo que significa el baile

que te da Julia?—No? Pues el baile significa que triunfarás.... (*Pausa.*) — Juan! algo mas que tu proyecto, sus resultados y el baile de Julia te preocupa hoy. — ¿Has comprendido qué significan las frecuentes visitas que tu cristiana esposa hace al templo?

D. JUAN. ¿Qué significan? (*Hablan bajo.*)

MERCED. ¡Oh! Pero esto es inhumano, es cruel. Oid, padre mio: (*Lee*) „Constitucion trigésima: Serán recogidas en las casas de caridad todas las mujeres pobres á quienes no se conozca un trabajo honesto que les dé lo bastante para mantenerse." — ¿Quiere decir que aun aquellas que están bajo la proteccion de la caridad privada, serán arrancadas de sus hogares para encerrarlas en las casas de caridad?

D. JUAN. (*A D. Luis.*) ¡Oh! Quiero verlo.

D. LUIS. (*Idem.*) Lo verás.

D. FELIX. Y es verdad.—Querido Juan, es preciso reformar la trigésima constitucion: Mercedes tiene razon. (*Leyendo*) „Serán recogidas en las casas de caridad todas las mujeres pobres á quienes no se conozca un trabajo honesto que les dé lo bastante para mantenerse." —Es lo mismo que si me obligaran todos los dias á comer pechugas de ángel en la mesa del Virey. Nada, ha de ser muy voluntario para las que, aun sin trabajar, vivan á expensas de la caridad privada: solo es tolerable la violencia para las vagabundas ó que no lleven una vida arreglada.
Juan, es preciso reformar esta trigésima constitucion.

D. JUAN Está yá aprobada y no admiten reforma las constituciones de la casa de caridad.

D. FELIX. Las tienes allí?

D. JUAN. En mi estudio.

D. FELIX. Voy por ellas. (*Vase.*)

D. JUAN. (*A D. Luis*) Exijo verlo.

D. LUIS. (*Idem*) Prudencia y lo verás.—
Hasta el baile, D. Juan. Mercedes, á Dios.

MERCED. Adios, D. Luis.

ESCENA VI.

Dichos.

MERCED. D. Juan, siempre habeis sido generoso conmigo; no obstante, debo reclamar vuestra indulgencia ántes de confesaros una falta y de haceros una súplica.

D. JUAN. Hablad; ya os escucho.

MERCED. Temo irritaros.

D. JUAN. No acierto á comprender que sea tan grave la falta que intentais revelarme. Os ruego seais breve: otros cuidados demandan mi atencion.

MERCED. Lo seré.

D. JUAN. Continuad.

MERCED. Ha largo tiempo que dispensais vuestra amistad á un hombre, y ese hombre os traiciona.

D. JUAN. De quién quereis hablarme?

MERCED. Dejadme concluir. — Oh! pero os suplico no vayais a provocar un duelo! Estad seguro de que la conciencia de mi deber nada mas me obliga á causaros tamaño disgusto.

D. JUAN. Concluid.

MERCED. Fio en vuestra prudencia: os lo diré de una vez. Don Luis me ha requerido de amores y os lo habia callado —Perdonadme, amigo mio, hoy os lo revelo, porque mis repulsas no han bastado á hacerle desistir.... (*Pausa.*) Callais?

D. JUAN. No alcanzo á comprenderlo, Señora. D. Luis traicionarme? Permitidme creer que habeis equivocado la intencion de sus galanterías. El? Mi fiel amigo? Cuando me está dando pruebas de su lealtad sin límites? Cuando en estos momentos quizá me estará prestando el servicio mas importante que puede apetecer un hombre honrado? El? Desechad vuestros escrúpulos y entended, Mercedes, que el noble D. Luis respeta mi nombre y vela por mi honor tanto cuanto yo mismo pudiera velar.

MERCED. Reusais creerme? ó lo aparentais para tranquilizar mi espíritu respecto de vuestras intenciones?

D. JUAN. Disimuladme, pero .... temo adivinar que querais alejar de mi lado á ese caballero.

MERCED. Oh! esto es por demas. Os denuncio al que intenta robaros vuestra honra, al que quiere cubriros del mas infame ridículo, y desconfiais de la verdad de mis palabras? — He cumplido con mi deber D. Juan; y sea cual fuere el aprecio que hagais de mi franqueza, no he menester deciros que mi dignidad me escudará de las traiciones de ese hombre.

D. JUAN. Así lo creo, señora. Dignaos decirme cuál es la súplica que quereis hacerme, pues á mi vez tengo que haceros otra.

MERCED. Excusadme de asistir al baile de la marquesa

D. JUAN. No entendisteis que estoy formalmente comprometido?

MERCED. Sé.

D. JUAN. Poco obsequioso he estado con vuestras demandas, y casi temo que useis de represalias si os suplico que dejeis de frecuentar con tanta asiduidad el templo. La

vida ascética no prueba bien ni á vuestra salud, ni á vuestro reposo.

MERCED. Siempre he acatado vuestra voluntad.

D. JUAN. Es decir....?

MERCED. Que dejaré de frecuentar el templo.

ESCENA VII.

Dichos y D. FELIX

D. FELIX. Y ¿por qué has de privarte de ir á la iglesia?

MERCED. D. Juan piensa que es perjudicial á mi salud.

D. FELIX. Temporal ó espiritual?

MERCED. Se refiere á la primera.

D. JUAN. Es verdad: el airecillo de la mañana, la melancolía que inspiran las prácticas religiosas, no pueden ménos que menoscabar....

D. FELIX. Juan, la religion es el bálsamo de las heridas del alma, es el sostén de la debilidad humana; su práctica garantiza nuestro bienestar..... — Se entiende, cuando no hay hipocresía, porque el hipócrita es el animal mas dañino de este mundo y del otro.—En fin, es tu esposa y á tí corresponde velar por ella y á ella complacerte en todo, y á mí regocijarme con vuestro amor y ventura. Oh! que nunca, hijos mios, se interponga entre vosotros el demonio de la discordia!

MERCED. Nunca será, padre mio: yo amo á D. Juan, y su cariño y lealtad aseguran mi dicha.

D. JUAN. De otra suerte, no la hubiera escogido para mi eterna compañera.

D. FELIX, Así lo creo, y que así os conserve el cielo.—He leido tus constituciones, é insisto en la necesidad de reformar la trigésima.

D. JUAN. No es posible.

D. FELIX. Pues es una desgracia.

D. JUAN. Es hora ya de ir á la Audiencia: si me permitís prepararme. (*Vase.*)

D. FELIX Aquí te espero: iremos juntos.

ESCENA VIII.

Dichos, LUEGO D. JUAN.

D. FELIX. Mercedes, hace algunos dias que observo no sé qué nu-

be sombría sobre la frente de tu marido. ¿Ha ocurrido algun desacuerdo? Háblame con franqueza, hija mia.

MERCED. Oh! no, Señor. Sus negocios le traen constantemente preocupado.

D. FELIX. Te es... fiel?

MERCED. Ay! y si no lo fuera, moriría en mi desgracia; pero en silencio,! sin hacerle sospechar siquiera la ocasion de mi infortunio.

D. FELIX. Porque conozco tu noble corazon, temo ese silencio: tu desgracia tambien me mataria, hija mia.

MERCED. Hasta ahora he sido muy feliz con su cariño.

D. FELIX. Pues que tu me lo aseguras, así será y quiero creerte.

D. JUAN. (*Despues de llamar y presentarse un criado.*) El coche!

CRIADO. Está enganchado, señor. (*Vase.*)

D. FELIX Listo?

D. JUAN. Cuando gusteis.

D. FELIX. Hija mia, á Dios.

MERCED. El os guarde, señor. (*Al salir, D. Félix dirije una mirada á D. Juan y á Mercedes.*)

ESCENA IX.

(*Mercedes se sienta á la mesa y escribe: cierra la carta y llama con la campanilla, el mismo criado.*)

MERCED. Calle del Indio triste, núm. 104, tercer piso, sin dilacion. (*Le da la carta.*)

CRIADO. Muy bien, señora.

MERCED. Si regresare D. Luis, que no estoy visible. (*Entra, puerta izquierda.*) (*Al salir el criado aparece D. Luis.*)

ESCENA X.

Dicho, D. LUIS Y LUEGO D. JERÓNIMO.

D. LUIS. Tu señora?

CRIADO. No está visible

D. LUIS. Para mí?

CRIADO. Así me lo ordenó.

D. LUIS. Ese billete?

CRIADO. Calle del Indio triste, núm. 104.

D. LUIS. De órden suya?

CRIADO. Si, señor.

D. LUIS. Bien.

D. Jerón. (*Toma con mucho misterio del brazo á D. Luis, le lleva á un lado, y pregunta.*) ¿Qué hay de nuevo?

D. Luis. Qué sé yo! (*Vase.*)

D. Jerón. Pues, señor.... ni yo tampoco.

— FIN DEL ACTO PRIMERO. —

ACTO SEGUNDO.

Gabinete lujosamente amueblado al gusto de la época: puertas laterales; galería al fondo. Es de noche.

ESCENA I

La MARQUESA *sentada y* D. JERÓNIMO *en pié.*

D. JERON. Sí, sobrina mia.
MARQ. Y esta mañana fué al templo?
D. JERON. Sí, sobrina deliciosa.
MARQ. Y del templo, ¿á dónde?
D. JERON. A su casa, sobrinita hermosa.
MARQ. Y á la calle del Indio?
D. JERON. No, sobrina del alma.
MARQ. ¿Qué hombres van á esa casa?
D. JERON. Varios, sobrina encantadora, como que es casa de vecindad.
MARQ. Los conoceis?
D. JERON. No, *mi sobrina.*
MARQ. Sois un torpe.
D. JERON. *Parienta* mia, me pierdes el respeto.
MARQ. En cambio os doy el pan.
D. JERON. Es verdad: dime pan y dáme perro. (*En actitud de irse.*)
MARQ. Oid.
D. JERON. ¿Qué hay de nuevo? (*Volviendo.*)
MARQ. Entended bien lo que voy á deciros. Cuando haya suficiente número de convidados, hareis circular en el salon la voz de que D. Juan está ciegamente prendado de mi belleza, y que ha sido tan fino y galan que ha conseguido suavizar mis rigores. Pero hacedlo con buen gusto, con tacto; quiero decir, que por lo que calleis lo adivinen todo. Hareis algunas comparaciones entre la hermosura de Mercedes y la mia; no necesito deciros de parte de quien pondreis la perfec-

cion.—Cuidad de no cometer una torpeza.—Vedlo todo, oidlo todo, y contádmelo todo. Con esa condicion os mantengo.

D. Jeron. Seré un Argos, un Mercurio, un correveidile. (*Al salir se encuentra con D. Luis y hace una profunda cortesía.*)

ESCENA II.

Dicha y D. Luis.

D. Luis. Espléndidos están ya nuestros salones, magnífica será nuestra funcion; digna del alto honor que ha de dispensarle S. E. el virey, D. García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra y marques de Sobroso.—Te doy la enhorabuena, bellísima Julia.

Marq. Galante vienes, D. Luis.

D. Luis. Casi arrepentido estoy de haber dejado de ser el idólatra sacerdote de tan encantadora diosa.

Marq. De veras? qué D. Luis! Pues la diosa no se arrepiente de haber desechado tan pobre sacerdote: incienso mas aromosos y positivos perfuman ya sus altares.

D. Luis. Tan segura estas de tu triunfo?

Marq. Contando con tu cooperacion.

D. Luis. Y haces perfectamente en contar con ella. Albricias, marquesa: no tendrémos que ir á la isla de Colchos, cual otros argonautas, por el vellocino de oro: la nueva Medéa caerá en nuestro poder.

Marq. Formalmente?

D. Luis. Cuando digo albricias!—Pero ántes quiero que me desenvuelvas los resultados que te prometes de nuestro plan ingenioso.

Marq. Los sabes mejor que yo.

D. Luis. Casi es verdad.—Fuimos tú y yo dos amartelados amantes, dos tortolillas: apuramos hasta el fondo la copa de los ántes deliciosos placeres. La saciedad empalaga: la monotonia cansa; nos fastidiamos el uno del otro: nos hastiamos no solo erótica sino tambien pecuniariamente; en una palabra, empobrecimos.... Este baile es el último alarde de nuestra antígua pompa.—Recapacitamos; la variedad entretiene la vida, el dinero ahoga los pesares. Pues bien, nada mas fácil: D. Juan para Julia, Mercedes para D. Luis y la riqueza de entrambos mártires para estos dos pobres apóstoles del placer y del libertinaje.... ¿Qué tal? eh? tengo imaginativa? Pero nos faltaba un medio; desquiciar a Mercedes: ese medio lo llevo ya en la bolsa. —Albricias, marquesa.

MARQ. Oh! siempre he fiado en el buen talento del autor de las reales....

D. LUIS. Chit! Esas cosas ni se piensan Julia.—Lee y juzga. (*Dale una carta.*)

MARQ. (*Leyendo.*) „Nos vigilan: no he podido ir á veros: nuestro hijo ha llegado. — Mercedes. — Calle del Indio triste, núm. 104 último piso."—Y ¿cómo te has encontrado con este mágico talisman?

D. LUIS. Oh! quien mucho madruga algo medra. Gané al criado que llevaba este billete, y me apoderé de él.... El talento, marquesa, el dinero.

MARQ. Soberbio! La buena Mercedes justifica nuestra intriga. —Yo que la creia tan pura, tan cristiana, tan santa! Vaya! siempre es malo fiar en las apariencias.

D. LUIS. Porque fian en las nuestras obedecen al señuelo.

MARQ. Creerás, D. Luis, que este billete ha medio apagado mi saña? — No lo creeis? Lo que mas me irritaba era la conviccion de la virtud de Mercedes, era.... ese olor de santidad que nos desvanecia á todos.—Con que tiene un amante, y más que un amante, un hijo y no de D. Juan!....Bellísimo! Te juro que este billete ha entibiado mi encono....Sin embargo, nuestro plan adelante, adelante.... (*Devuélvele la carta.*)

D. LUIS. Estás contenta, encantadora Julia?

MARQ. Extremadamente! Pero y si no existiese tal amante?

D. LUIS. Cándida! — Dogma de fé: cuando una mujer, á hurtadillas de su marido, visita á deshora una casa excusada, no puede buscar allí mas que á su amante ó á.... el fruto de algun desliz.

MARQ. Me tranquilizas, D. Luis. El triunfo será nuestro: déjame obrar ahora.

ESCENA III.

Dichos Y D. JUAN.

D. JUAN. Marquesa.—D. Luis, buen sol nos alumbra: apuesto á que no adivinais qué nueva os traigo.—Imposible!—Este pliego os impondrá, señor secretario privado de su excelencia el Virey. (*Dálo.*)

D. LUIS. (*Despues de leer.*) Y ¿á quién debo tan extremado favor?

D. JUAN. Oh! no me obligueis á decir su humilde nombre.

D. LUIS. Gracias, generoso amigo.

D. JUAN. Aceptad, y asunto concluido. No pensemos mas sino que el virey D. García es omnipotente y que no acierta á tener otra voluntad que la de su secretario privado.

D. Luis. Seremos poderosos, D. Juan. Sabeis que nada puedo hacer sin vuestro prévio consejo.—Marquesa, admirad en D. Juan el modelo de los buenos amigos.

Marq. En mas alto grado lo coloca mi admiracion: es el bienhechor de la humanidad.

D. Juan. Marquesa! mudemos conversacion y anudemos, si os place, la que seguiais con D. Luis y que, á pesar mio, interrumpió mi presencia. ¿ Hablábais.... ?

Marq. De tiempos pasados: de la vida conyugal que llevé con el señor Marques y de su carácter, al par que enamorado, celoso.

D. Juan. Continuad, pues.

Marq. Antes debo preguntaros por mi bella prima; ¿por qué no ha venido con vos?

D. Juan. Es muy sencillo. Asuntos importantes reclamaron mi presencia en palacio; tuve la oportunidad de recoger el nombramiento de D. Luis y vine aquí directamente.

D. Luis. Y ¿quiénes están en palacio?

D. Juan. Los de siempre: palaciegos.... Ah! á mi salida fué anunciado un jóven capitan que acaba de llegar de la Península con pliegos reservados de S. M.

Marq. ¿Quién podrá ser?

D. Juan. Lo ignoro.

Marq. El Virey vendrá?

D. Juan. Así me lo prometió. (*D. Luis se aparta disimuladamente.*) —Con que.... ¿el señor Marques fué muy feliz en la vida conyugal? Con tan divina compañera no era menester de un milagro para hacer de la tierra un paraiso.

Marq. Poético estais, D. Juan.—Fué feliz, al ménos así me lo juraba; pero su carácter pundonoroso y caballeresco no dejó de sembrar algunos abrojos en nuestro paraiso, como vos decís. Sus celos competian con su amor. En este punto llevaba el honor hasta la sublimidad... como debe hacerlo un buen caballero.— „ Si alguna vez, Julia mia, me repetia siempre estrechándome contra su corazon; si alguna vez llegare á sospechar, fundada ó infundadamente, de vuestra lealtad, os lo juro, clavaria sin tituvear en vuestro corazon este acerado puñal....” y comprimia entre sus crispados dedos esta su daga favorita. Noble Marques!

D. Juan. Y.... ¿nunca sospechó?

Marq. Ved que aun existo, D. Juan!

D. Juan. Perdonadme; soy un estúpido.

Marq. Murió el Marques, y desde entónces, ya que él no podia continuar siendo el guardador de su honra, llevo siempre conmigo misma este puñal que *hasta hoy* ha protegido fielmente la tranquilidad y viudez de mi pobre corazon.

D. JUAN. *Hasta hoy!*

MARQ. Hasta hoy, D. Juan....! Juzgad si os estimo.... cuando lo pongo en vuestras nobles manos! (*Dándoselo.*)

D. JUAN. Julia, tanta felicidad!

MARQ. Ahogadla! porque si no.... nos mataria!

D. LUIS. Marquesa? los convidados van llegando.

MARQ. Os dejo por un momento.

D. JUAN. Me permitís....

MARQ. Quedaos. (*Vase, dirigiendo una mirada de inteligencia á D. Luis.*)

ESCENA IV.

Dichos, D. JUAN *se ha quedado contemplando la daga.*

D. LUIS. Qué te anuncia esa daga?

D. JUAN. Felicidad y ventura! Lleva su nombre y el escudo de sus armas. Cuán feliz soy, amigo mio!

D. LUIS. Mucho? completamente feliz?

D. JUAN. Ah! no, es verdad! Tú me ofreciste que lo veria todo.

D. LUIS. Todo! pero tambien me ofreciste prudencia.

D. JUAN. La tendré.

D. LUIS. Apresta, pues, todas tus fuerzas para resistir este golpe. Oh! si no hubiera comprendido que la amistad, que el deber me exigian revelarte tan hondo, tan espantoso misterio.... siempre lo habrias ignorado, amigo mio.... pero el honor, la sociedad, el ridículo!

D. JUAN. Acaba por Dios.

D. LUIS. Me juras no proceder sino de acuerdo conmigo?

D. JUAN. Te lo juro, pero acaba.

D. LUIS. Pues bien, bajo la garantía de ese juramento, fiando en tu buen juicio y en tu noble corazon.... te entrego este billete.

D. JUAN. (*Se lo arrebata y lee.*) Oh! un amante, un hijo! ah! sangre! sangre! y correrá la de ambos.... —¡El Marques, con este puñal, por una simple sospecha, hubiera matado á Julia; pues bien, con él mataré á una adúltera!

D. LUIS. Nada de crímenes; reclamo tu juramento.—No tardará en venir Mercedes: del baile acudirá á la cita; la seguirás y entónces lo verás todo por tus propios ojos. Sabemos que ella es culpable, pero ignoramos aún quién sea su cómplice.

D. JUAN. Tienes razon. Allí los sorprenderemos, y allí.... infames! venderme! yo, que casi la amaba.... pérfida! Y esta mañana para desorientarme, para alejarte de

mi lado, me aseguró que tú la enamorabas. Te calumniaba, amigo mio!

D. Luis. Pobrecilla! era natural que quisiese asegurarse.... La perdono.

D. Juan. Ah! esto es demasiado!—Que nada sepa Julia, hasta despues de mi venganza.

D. Luis. Serenidad: allí vienen: es preciso facilitarla una ocasion para que acuda á la cita.

ESCENA V.

Dichos, la Marquesa *y* Mercedes.

Marq. Cuán buena eres, prima. Te estimo este sacrificio; porque para tí eslo muy grande asistir al baile. Allí tienes á D. Juan y á D. Luis: Cástor y Pólux!

D. Luis. (*Saludando.*) Señora....

Merced. Caballero.—Os estuve esperando, D. Juan, y viendo que tardábais, cumpliendo con vuestros deseos, he venido al baile.

D. Juan. Hicisteis bien: ocupaciones graves me detuvieron en palacio, y creyéndoos ya al lado de la amable Marquesa, vine aquí directamente.—Teneis que perdonarme, Julia; un negocio me llama á otra parte, privándome....

Marq. Imposible! seria un desaire escandaloso. No ignorais que esta funcion está consagrada á solemnizar de alguna manera el noble desprendimiento del fundador de las casas de caridad. No lo consiento, D. Juan! ántes reclamo el derecho de dar con vos principio al baile....si Mercedes me lo permite.

Merced. Permitirlo? acepto y estimo la distincion que dispensas á D. Juan, pues que participo de ella.

D. Juan. Perfectamente, Marquesa! Ya que olvido por un momento mis compromisos, quiero recompensar ventajosamente esa pequeña falta: por toda la noche me consagro frenéticamente á los placeres coreográficos. ¡Es digno de admiracion un togado bailando!—Mercedes, os dejo en libertad de retiraros cuando gusteis.

Merced. Sabeis que acostumbro á recogerme temprano.

ESCENA VI

Dichos, D. Felix *y* Armando.

D. Felix. S. E. me encarga, Marquesa, del honor de presen-

taros al jóven Armando Montiel, capitan de los guardias de palacio.

ARMANDO. Señora.... (*Mercedes y Armando se turban al reconocerse.*)

MARQ. Capitan, de hoy mas, tendré el placer de contaros entre mis buenos amigos.

D. LUIS. (*A D. Juan.*) Se turban.

D. JUAN. (*Idem.*) Será él?

(*Se oye tocar una marcha y se presentan D. Jerónimo y dos caballeros.*)

D. JERON. Señores, el Virey.

(*Se retiran por el órden siguiente: D. Juan y la marquesa, D. Luis y Mercedes, D. Félix y Armando: la música continúa. D. Jerónimo y los dos caballeros avanzan á la escena.*)

ESCENA VII.

Dichos.

CABALL. 1.º Ese D. Juan tiene tan insolente fortuna: ademas de una esposa tan bella, una....

D. JERON. Santo Tomás, creer.... y ver! Es verdad que D. Juan parece que....! y que mi sobrinita es....—Mercedes tambien es muy hermosa.... pero, ¿no es verdad que Julia es, ademas, altamente ingeniosa? Oh! mi sobrinita! Mas no vayais á pensar....!

CABALL. 2.º D. Jerónimo, nos haceis muy topos.

D. JERON. El lugar en su verdad, señores.

CABALL. 1.º Harto nos ha significado D. Jerónimo. Vamos al salon.

D. JERON. Como gusteis.... A buenas palabras poco entendedor. (*Al salir aparecen Mercedes y D. Félix, á quienes saludan.*)

ESCENA VIII.

MERCEDES *y* D. FELIX.

D. FELIX. Me has engañado! nunca pude imaginar que mi hija me mintiese.

MERCED. Yo mentiros, señor?

D. FELIX. Sí, tú, tú me has mentido: esta mañana me aseguraste que eras feliz con tu esposo, y no lo eres; has mentido á tu padre, Mercedes!

MERCED. Señor, vuestro celo os alucina.

D. FELIX. Alucinarme! Pues qué! miéntras paseaban por el sa-

lon tu marido y la Marquesa, ¿no advertiste que todas las miradas se fijaban primero sobre ellos y despues descansaban, como compasivamente sobre tí? No advertiste que las señoras sonreian irónicamente al contemplarte? No llegó á tus oidos un sordo murmullo que circuló por toda la concurrencia? No fijaste los ojos en D. Juan y la Marquesa? No comprendiste sus miradas....? Mercedes, ó tu no ves ó eres muy cándida.

MERCED. Todo cuanto decís lo he visto, padre mio; todo lo he oido; mas no alcanzo á darle el mismo valor que vos le dais. Podrá ser que D. Juan tenga un capricho por la Marquesa, pero no será mas que un capricho pasajero.

D. FELIX. ¡Y ese imbécil D. Jerónimo que con sus torpes reticencias ha dado pábulo á los murmuradores!

MERCED. ¿Qué lograria yo con hacer comprender á D. Juan su extravío? Exasperaria su orgullo, empeñaria su amor propio en ese momentáneo capricho, y lo que es peor aun, padre mio, me perderia el respeto. Oh! no; el silencio y la prudencia son la única salvaguardia de la paz conyugal.

D. FELIX. Me has mentido, Mercedes!

MERCED. Os dije que era feliz con él y lo soy, padre mio.

D. FELIX. Plenamente feliz? Me lo juras por la memoria de tu virtuosa madre....? (*Pausa.*) Callas! Mercedes! Mercedes!

MERCED. (*Sin poder contener las lágrimas.*) No me aflijais mas, padre mio!

D. FELIX. Basta. Lo comprendo todo: yo haré mi deber.

MERCED. Oh! no; por Dios, no le digais nada.

D. FELIX. Pues qué! ¿consentí en que te llamara su esposa para hacerte sufrir, para lastimar tu noble corazon? Consentí en separarte de mi lado, en darle mis riquezas para convertirte en mártir de sus torpes devaneos?

MERCED. Por el nombre de mi madre, que acabais de invocar, no le reconvengais.

D. FELIX. Aplaudo tu silencio, admiro tu resignacion y prudencia: continúa en la misma senda, hija mia; pero deja que tu anciano padre cumpla, quizá por la última vez, con el mas sagrado de sus deberes. Enjuga esas lágrimas.

MERCED. Me retiro, señor.

D. FELIX. Te acompañaré.

MERCED. Quedaos; el Virey echaria de ménos vuestra presencia. Adios, padre mio.

D. FELIX. El te bendiga.

ESCENA IX.

Dicho, al desaparecer MERCEDES, D. JUAN *y* D. LUIS.

D. JUAN. Se marcha.
D. LUIS. Dále tiempo de llegar.
D. JUAN. Me desespero.
D. LUIS. Entónces no la sorprenderás con su cómplice.
D. FELIX. D. Juan, oidme un momento.—Me permitís....(*A D. Luis que se retira al fondo.*) D. Juan, hasta esta mañana estaba yo en un error: en el salon del baile, no há un instante, he venido á reconocerlo. (*Toda esta escena con aparente reposo.*)
D. JUAN. Qué quereis decirme?
D. FELIX. ¿Pensais, acaso, que Dios formó el corazon de la mujer de una naturaleza inferior á la del hombre? Pensais que en ese corazon, todo amor, ternura y sensibilidad, puede verterse la hiel del desengaño sin lacerarlo, sin asesinarlo? Con qué derecho el marido infiel exigirá ante Dios lealtad y amor á la mujer á quien ofende, á la mujer cuya vida ha envenenado....? Temblaria su corazon infame al clavar el puñal en el seno de la culpable esposa! ¡D. Juan, no juzguemos como juzgan los hombres; juzguémonos, como Dios nos juzgaria!
D. JUAN. Y á qué conduce tan extraño exordio?
D. FELIX. No lo acertais? D. Juan de Pimentel, tengo que pediros cuenta de la dicha de mi hija que confié á vuestra lealtad y honradez!
D. LUIS. (*A D. Juan.*) Ya es tiempo.
D. JUAN. Mañana os daré cuenta de la dicha de vuestra hija y de mi honor que confié á su lealtad. (*Váse precipitadamente.*)

ESCENA X.

Dichos.

D. FELIX. Qué há dicho ese hombre? D. Luis, lo escuchasteis? Oh! no puede ser: yo he oido mal: sin duda. ¿No es verdad que he comprendido mal?
D. LUIS. Seguramente, D. Félix.
D. FELIX. A dónde ha ido?
D. LUIS. A palacio: á una comision que le confia S. E. Pronto volverá.
D. FELIX. Me tranquilizais. Le esperaré. (*Siéntase.*)

ESCENA XI.

Dichos, ARMANDO; *poco despues, la* MARQUESA, *damas y caballeros.*

ARMANDO. Cómo aquí tan retraido, mi noble amigo? Qué teneis?
D. FELIX. Oh! capitan, una zozobra, una incertidumbre que si durara por mas tiempo, me mataria.
ARMANDO. Disponed de mí, Sr. D. Félix.
MARQ. Como lo estais oyendo, señores. D. Juan ha sabido que su cara mitad acude á una cita misteriosa y colérico ha volado á sorprenderla. ¿No es verdad, D. Luis?
D. LUIS. El mismo D. Juan me lo refirió; pero mi deber era guardar el secreto.
CABALL. 1.º Pues es chistoso. (*Risa.*)
D. FELIX. Qué oigo?
ARMANDO. (*Dirijiéndose á D. Luis.*) ¿Estais cierto de lo que decís, caballero?
D. LUIS. Os creia mas al corriente de esa aventura; repito que el mismo D. Juan me la refirió.
ARMANDO. En ese caso, siento deciros que mentís.
D. LUIS. Me dareis satisfaccion de esa palabra.
ARMANDO. Al instante. (*Echando mano á la espada.*)
MARQ. Caballeros, estais en mi casa y en ella el Virey.
VARIOS. Calmaos, señores, calmaos.
ARMANDO. Seguidme.
D. LUIS. Os sigo. (*Salen.*)
MARQ. Evitad ese duelo, caballeros, miéntras yo vuelo á salvar á la pobre Mercedes. D. Félix, acompañadme.
D. FELIX. Miserable, apartaos! (*Váse precipitadamente.*)

— FIN DEL ACTO SEGUNDO. —

ACTO TERCERO.

Buhardilla miserable ; puertas laterales y al fondo : sobre una mesa vieja botellas y pomos de medicina, una lámpara, sillas viejas. Es de noche.

ESCENA I.

MAGDALENA *y* MARIA *sentadas, la segunda haciendo alguna labor.*

MARIA. Os sentís mejor?

MAGD. Si, hija mia, han pasado ya los vértigos que tanto me hacen sufrir; y ya sabes que desapareciendo esa mortal congoja, quedo como si nada hubiese tenido.

MARIA. Entónces podeis recogeros: el sueño reparará vuestras fuerzas.

MAGD. Estoy bien aquí: á tu lado, hija mia.—Esperemos algun tiempo mas; Dios quiera que hoy venga.... Seis dias sin vernos!

MARIA. Seis dias! y cuando mas necesitamos de su proteccion y de sus auxilios.

MAGD. Oh! es horrible lo que nos ha contado la vecina Marta. Arrancadas de nuestra pobre buhardilla! y para qué? Para hacernos bien en una casa de caridad.... Bien! Cuántas pobres como nosotras, serán entónces desgraciadas! Al ménos aquí somos casi felices. La mano purísima del ángel que nos protege no nos priva de nuestra libertad, de nuestras costumbres. ¿Quién será ese hombre opulento que quiere hacer bien por la fuerza?—Cuando el pobre acude al asilo de la caridad, bendice á su bienhechor; pero cuando es encerrado en él contra su voluntad....? Que obliguen á las vagabundas, muy bueno; pero á nosotras que no importunamos á nadie, que ni siquiera perturbamos los placeres de los ricos con nuestra miserable presencia....

MARIA. Eso es horrible!

MAGD. Esperemos. Dios fortificará nuestro espíritu, y nuestro ángel continuará amparándonos.

MARIA. Qué bueno es, no es verdad?

MAGD. Tan cariñoso cuanto humilde; tal parece que él es quien de nosotras recibe los beneficios.—Como dice nuestra amiga Marta, hay que agradecerle mas su cariño que sus socorros. Oh! sin él hubieramos muerto de hambre y de frio: sin un pan que llevarnos á la boca, sin un harapo con que cubrirnos.... ¡Bendigamos su nombre, hija mia!

MARIA. Bendito sea!

MAGD. Haces mal en trabajar tanto, Maria; con la luz del sol, pase; pero de noche! las vigilias están consumiendo tu salud. (*Tocan las once.*)

MARIA. Las once!

MAGD. Ya lo ves: la noche está ya avanzada.

MARIA. Quereis tomar vuestra medicina?

MAGD. Sí, hija mia.—Por hoy perdamos la esperanza de que venga.
(*Maria la sirve la medicina: llaman á la puerta del fondo.*)

MARIA. Ella será. (*Abre.*)

ESCENA II.

Dichas, MERCEDES.

MERCED. Querida Maria!

MARIA. Señora! os esperábamos con tanta impaciencia!

MERCED. Señora....! hasta cuando dejarás de tratarme con esa frialdad? Soy mas vieja que tú?—Y Magdalena?

MARIA. Allí la teneis.

MERCED. Magdalena, mi buena y querida Magdalena! Seis dias sin veros, sin haber podido venir á abrazaros. Debeis de estar muy enojadas conmigo.

MAGD. Enojadas, hija mia! cuando sacrificas tus horas de reposo por solo venir á consolarnos?

MERCED. Cómo os sentis? Estais ya mejor de vuestros males?

MAGD. Sí, me encuentro bien, hija mia.

MARIA. No la creais; ayer tuvo un ataque.

MAGD. Maria!—Fué una cosa muy pasajera: ya lo ves, estoy enteramente buena.

MERCED. Bien: quiero *creeros:* sé que nunca me habeis ocultado la verdad.

MAGD. Y tú, hija mia, qué has tenido? Has estado enferma....? Oh! si supieras cuanto ha padecido mi espiritu pensando que algun mal, que algun disgusto

podia afligirte?—Pero vuelvo á verte y estoy tranquila.

MERCED. Vaya, María: arreglemos nuestros negocios. (*Saca algunos cartuchos de dinero.*) ¿Cómo está nuestra charlatana Marta?

MARIA. Buena: siempre hablando de vos: dice que si fuera hombre, seria vuestro mas rendido amante.

MERCED. Y nuestra dolorosa, nuestra vieja Guadalupe?

MARIA. Siempre creyendo que se va á morir, siempre llorando, pero siempre comiendo.

MERCED. Y nuestro Antonio?

MARIA. Encorvado sobre su mesita de zapatero: no descansa el pobre.

MERCED. Bien, bien.—Toma: esto para Marta, esto para Guadalupe y esto otro para Antonio. (*Da los cartuchos.*) Me harás favor de dárselos mañana temprano y de suplicarles me perdonen por no haber podido ir á verlos.

MARIA. Marta se enojará porque no voy á avisarla que estais aquí: quereis que vaya? Se pone la pobre tan contenta cuando os da un abrazo!

MERCED. No; es ya tarde y me demoraria aquí oyendo sus cuentos y consejas. Jamas se le agotan.

MAGD. Qué buena eres, Mercedes!

MERCED. Buena? porque me proporciono estos ratos de placer? porque gozo cuando estoy al lado de mis amigas? Vaya, madre mia, teneis unas ocurrencias.

MAGD. Ay! quizás muy pronto nos privarán de tus consuelos.

MERCED. Qué estais diciendo? Vais á emprender algun viaje ó tratais de casaros?

MAGD. Pues qué! aun no has sabido que van á llevar á todas las mujeres pobres á las casas de caridad?

MERCED. Quién os lo ha dicho?

MAGD. Marta.

MERCED. Quien habia de ser; la habladora.

MAGD. Luego es verdad!

MERCED. Os diré: se van á fundar casas de caridad; pero eso no será pronto: dentro de quince ó de veinte dias.—No hablemos de eso.—He venido exclusivamente á pediros un favor.

MAGD. Será como los que acostumbras á pedir. Ya te he dicho, hija mia, que no puedo acceder á tu empeño: ¿á qué fin pasarme á otra casa que cueste mas dinero; gastar en muebles.... no, no, aquí estoy muy contenta con tus socorros, y sobre todo, con tus visitas.

MERCED. Si no es eso. Es un negocio en que debo ganar bastante: ya sabeis que yo me ingenio en todo: tengo mis intereses: unas veces, minera, otras comer-

ciante, otras agricultora, otras.... vamos, Maria, ayúdame á persuadir á nuestra madre.

MARIA. Decid.

MERCED. Escuchad mi proyecto: es un pensamiento que vale la pena de que os molesteis por mí, por vuestra hija Mercedes.

MAGD. Oigamos.

MERCED. Aquí en Méjico cualquiera cosa produce dinero, si se sabe manejar con tino y cálculo: pues bien, esta es mi idea. Yo doy el capital y vos la industria. Ponemos un establecimiento de refrescos; orchata, chia, jarabes y de todas esas golosinas que gustan tanto así á mejicanos como á forasteros. Al efecto, tengo ya contratadas dos casitas muy chulas: una en la plaza de la catedral y otra en la plazuela del Marques; la que vos escojais. Adornamos elegantemente nuestra sala de despacho, sin que le falte nada, absolutamente nada: colocamos sobre la puerta una gran muestra con tamañas letras doradas que digan: „Refrescos al gusto de Madrid," aunque ignoremos qué gusto tenga Madrid. Ya me figuro veros allí, sentada en vuestra butaca, viendo despachar á los mozos y oyendo á los caballeros referir sus aventuras y amoríos: eso divierte, entretiene; y vos, cuando yo vaya á visitaros, me lo contareis todo, por supuesto: á mí me agrada mucho oir aventuras. Oh! con qué gusto he de beber un vaso de orchata fria, preparada por vuestras manos....! Ay! pero esta es la parte mala de mi proyecto: para que nuestro establecimiento cobre fama será preciso que vos misma lo prepareis todo; y es una iniquidad haceros trabajar tanto.— Pero eso tiene remedio; buscaremos una compañera inteligente que os ayude. Ah! ya la tenemos; Marta, si, Marta. Vaya, qué os parece mi plan? Os agrada?

MARIA. Bellísimo! Por mi parte aceptado.

MERCED. Para tí tengo otro plan.

MARIA. Ah!

MAGD. Picarilla! ya te veo venir. Has visto que no he podido consentir en que hagas mas gastos por mí, trasladándome á otra casa de mayores comodidades, y has inventado tu plan de refrescos solo por hacerme mas beneficios.

MERCED. Pues lindo modo de hacer beneficios! obligándoos á trabajar tanto con el fin de que yo lucre.

MAGD. Tambien has pensado: „Magdalena y Maria recibirian un pesar si las llevasen á las casas de caridad: evitémosles tamaño sentimiento, inventando una tienda de refrescos, aunque en ella me perjudique."

No es verdad que ese ha sido tu objeto, hija mia?

MERCED. No hay tal cosa. Pensé primero en mi plan, porque soy algo ambiciosa,—no os riais;—y devanándome los sesos en buscar á quien poner al frente de mi tienda que cuidase con empeño y honradez de mis intereses, me acordé de mi querida Magdalena. Habia de poner á una persona desconocida; pues bien, nada mas natural que preferiros á cualquiera otra. Os repito que es un negocio puramente mercantil. Con que, aceptais?

MAGD. Lo meditaré.

MERCED. No hay meditar que valga: es cuestion resuelta: alguna vez he de ser yo la que mande.

MAGD. Mercedes!

MERCED. Y tú, Maria, ¿no tienes nada que decirme? Recibisteis mi billete esta mañana?

MARIA. No lo hemos recibido.

MERCED. Ese Joaquin es un perezoso, y le previne que os lo trajese sin dilacion.—Y yo que te juzgaba tan mal, Maria! ahora entiendo por qué no estás loca de alegría.

MARIA. De alegria?

MERCED. Pero temo que sea tanta, que vayas á quedar enteramente loca.

MARIA. No adivino.

MAGD. Alguna nueva bondad de Mercedes.

MERCED. Vamos por partes: vuestros fondos se habrán ya agotado: Maria, toma. (*Le da un cartucho.*) Es preciso preparar un buen almuerzo mañana: tendrémos un convidado, y un convidado á quien queremos mucho: tambien es preciso que tú estés de gala: hazme favor de ponerte estas arracadas; quiero que le parezcas muy hermosa.

MARIA. No puedo aceptar, oh! no....

MERCED Bien, aquí las dejo: arrójalas por la ventana.

MAGD. Pero, quién es el convidado?

MERCED No esperais á nadie?

MARIA. Ahora.... á nadie.

MERCED. Tanto mejor: habrá tenido la fortuna de llegar sin ser esperado.

MARIA. Por Dios, decidme quién.

MERCED. El.

MARIA. El?

MAGD. Pues, señor....no....

MERCED. Y viene hecho un bizarro capitan de las guardias de palacio.

MARIA. Ah! no os chanceais, señora? Por piedad, decidme que no es una chanza!

MERCED. Y á qué tanto alboroto?

MARIA. Oh! seria mucha felicidad!
MERCED. Cálmate, mi querida Maria. Ha llegado ya: le he visto en los salones de la Marquesa del Encanto, y no debe tardar en venir á abrazarnos.
MARIA. El? en Méjico y capitan?
MAGD. Pero, quién es él?
MERCED. Nuestro querido hijo, madre mia, nuestro Armando.
MAGD. Armando?
MERCED. Armando, sí, á quien há seis años mandamos á Madrid á abrirse una carrera; y por lo visto no ha perdido el tiempo.
MARIA. Voy á contarlo á Marta, á Antonio, á Guadalupe, á toda la vecindad: estoy loca de contento.
MERCED. Quieta, quieta: no hay que ser escandalosa. Lo que debes hacer es prepararle un chocolate delicioso de Oajaca y unos bollos exquisitos.
MARIA. Teneis razon; pero ante todo, os ruego lo tomeis ahora con nosotras.
MERCED. Si es pronto, porque ya es tarde.
MARIA. Vamos á mi cuarto.
MAGD. Vamos.
MERCED. Y las arracadas?
MARIA. Ahora.... os ofrezco ponérmelas. (*Las toma.*) Cerraré la puerta. (*La del fondo: vánse por la izquierda.*)

ESCENA III.

(*Llaman á la puerta del fondo; Mercedes sale precipitadamente y la abre: D. Juan la agarra por el brazo y la arrastra al proscenio.*)

D. JUAN *y* MERCEDES. *Poco despues la* MARQUESA, D. LUIS, MARIA *y* MAGDALENA.

D. JUAN. Perjura! dónde está vuestro cómplice?
MERCED. Mi cómplice!
D. JUAN. Callad: no vengo á escuchar disculpas: .... vengo á pediros cuenta de mi honor.—Callad, os digo.—Le esperais, sí; pues bien, aquí os hallará, pero muerta! (*La sacude con violencia y la arroja al suelo: al descargar sobre ella el puñal aparecen espantadas Magdalena y Maria por la izquierda; D. Luis y la Marquesa por el fondo.*)
MARQ. Mercedes! (*Gritando al entrar.*)
D. LUIS. Teneos! (*A D. Juan.*)
MAGD. Desdichado!
(*D. Juan queda un momento estupefacto: Magdalena*

y Maria levantan á Mercedes y la sostienen: D. Juan las reconoce al fin.)

D. JUAN. Mi madre! Maria!

MAGD. Sí, tu madre, á quien por no llevar un nombre ilustre has abandonado á la miseria! Sí, Maria, que víctima de tu seduccion la arrojastes al oprobio.... Tu madre y Maria que hubieran muerto de hambre y de frio, si este ángel de caridad no las hubiera socorrido, si con sus suavísimos consuelos no hubiera vivificado su espíritu desfallecido.... Y no contento con tu abandono de diez años, ¿quieres tambien privarlas de su única protectora....? ¡Desdichado, yo te maldi....

MERCED. Callad! No pronuncieis, por Dios, esa tremenda palabra! (*Casi tapándole la boca.*)

D. JUAN. (*Tituveando.*) Mercedes, éstas eran....tus frecuentes....visitas misteriosas?

MERCED. Perdonadme, D. Juan; yo os lo habia ocultado porque temí irritaros: juzgué un deber socorrer á vuestra madre y enjugar las lágrimas de la pobre Maria....

D. JUAN. (*Despues de dirigir una mirada de indignacion á la Marquesa y á D. Luis, agarra á éste por el brazo.*) De rodillas, miserable! de rodillas ante esta santa!

MERCED. (*Conteniéndolo.*) Oh! no! no lo ultrajeis, D. Juan: yo le perdono.

D. JUAN. Mercedes! olvidad mis desvaríos y perdonadme tambien.

MERCED. D. Juan, está presente nuestra querida madre.

D. JUAN. Sí, es verdad! la tierna madre que cuidó de mi niñez; la que acariciando mis juveniles años, me enseñaba con dulcísimas palabras de virtud á bendecir á Dios y á respetar á nuestros padres; la que olvidando sus dolores propios, enjugaba cariñosa las lágrimas del niño... la que, luchando con los horrores de la miseria, sin mas escudo que su virtud, sin mas fé que su amor de madre, vivia encorvada sobre el trabajo porque su hijo llegára á ser hombre, llegára á ser feliz algun dia....Mi buena madre, á quien mi ambicion y mis locuras me hicieron abandonar infamemente á la espantosa miseria; mi santa madre á quien vuelvo á recobrar conducido por las manos purísimas de Mercedes....! (*Hincándose.*)

MAGD. Yo te bendigo, hijo mio.

MERCED. Alzad, en nuestros brazos estareis mejor.

D. JUAN. Y tú, Maria, acertarás á perdonarme?

MARIA. ¿Quién no perdona delante de Mercedes!

MERCED. ¡Gracias, Dios mio; gracias, Maria!

D. LUIS. (*A la Marquesa.*) Magnífica idea! nos vengarémos: (*Al salir D. Luis, aparecen varios caballeros, tras ellos D. Félix y Armando con un brazo vendado: don*

Luis conduce á un extremo del teatro á los prim ros.)
Ved, el hombre que establece la casa de caridad! ha tenido en la miseria á su madre y á su querida; y hoy las obliga á salir de Méjico por no pasar la vergüenza de....

D. Felix. Buenas noches.

Maria. Armando, hijo mio. (*Se abrazan.*)

D Juan Su hijo?

D. Felix. Qué es esto?

Merced. Padre, que somos muy felices.

D. Felix. Felices.... ¿y aquí esas dos serpientes? (*Por la Marquesa y D. Félix.*)

Armando. ¡Magdalena!

Merced. ¡Sangre! (*Al ver el brazo de Armando.*)

D. Felix. No es nada: un rasguño; ese *zaragate* te otendio, lo desmintió Armando, se batieron y salió herido.

Maria. Herido, hijo mio?

Merced. Batirse por mi causa!

Armando Por defender el honor cobardemente ultrajado de mi bienhechora.

D. Juan. Y has defendido tambien el honor de tu padre, hijo mio. (*Armando interroga con la vista á Maria.*)

Maria. Si, Armando, es tu padre, esposo de nuestra bienhechora.

Armando Señor!

D. Juan. Pediré á S. M. que en adelante lleves mi nombre.

Merced. Y que participe de nuestras riquezas; será nuestro hijo.

D. Felix. Cada vez lo comprendo ménos.

Merced. Ya lo sabreis todo.

D. Luis. Capitan, como secretario privado de S. E. el Virey, os aconsejo pidais mañana vuestro pasaporte.

D. Felix. ¿Esto más, D. Luis de Castro?

Armando. El señor es.... D. Luis de Castro?

D. Luis. El mismo soy.

Armando. (*A él, apartándole.*) Sois....el marques de la Piedra, falsificador de unas reales cédulas: aquí traigo la órden para que os juzguen.

D. Luis. Miéntras soy secretario de S. E. estais en mi poder.

Armando. Otro error: mi nombramiento ha revocado el vuestro. (*Alto.*) Señor D. Luis de Castro, os aconsejo pidais mañana vuestro pasaporte para fuera de los dominios de S. M.

D. Luis. Gracias! mil gracias!

D. Felix. ¿Con que eso pasa? Dios te bendiga, Mercedes.

D. Luis. Allí teneis á la madre del hombre caritativo: ved que trasa....! (*A los caballeros: risa.*)

Merced. (*Que lo ha oido.*) Oh!—Querida prima, caballeros: hoy es dia solemne para mí: os presento á mi madre políti-

ca: no habia querido participar de las riquezas de su hijo D. Juan, miéntras éste no ejerciese un acto de beneficencia pública: D. Juan la ha complacido, y nuestra querida madre será la directora de la Casa de caridad.

CABALL. 1.º Señora, el pueblo os bendecirá. (*Los caballeros miran con desprecio á D. Luis.*)

D. JUAN. Siempre buena, Mercedes.

MAGD. Siempre un ángel.

D. FELIX. Todo está magnífico; pero se reforma la constitucion trigésima.

D. JUAN. Por reformada.

ARMANDO. D. Juan, mi madre desea ser la segunda directora.

MERCED. Gracias, Maria! tu y nuestra madre sabreis tratar con dulzura á los pobres....

CABALL. 1.º D. Juan, os damos la mas cumplida enhorabuena

D. JUAN. Dádsela á mi madre y á mi esposa. (*Vanse los caballeros.*) Marquesa, tomad vuestro puñal; y os ofrezco una cama en la casa de caridad.

MERCED. Querida prima, á Dios.

MARQ. A Dios.— (*A. D. Luis.*) Vos, D. Luis, aceptad el pasaporte.

D. LUIS. (*Idem.*) Y vos, Marquesa, aceptad la cama en la casa de caridad. (*Ha entrado D Jerónimo; y despues de mirar á todos, pregunta:*)

D. JERON. Qué hay de bueno?

D. JUAN. Que Dios conserva siempre en el corazon del hombre un gérmen de virtud, que solo la mujer acierta á fecundizar con el rocio suavísimo de la caridad! Contempladlo en Mercedes!

(*El cuadro final depende del buen gusto de los actores.*)

— FIN DEL DRAMA. —